



¿EXISTE REALMENTE

LA

RESPONSABILIDAD

CORPORATIVA?



¿EXISTE REALMENTE LA RESPONSABILIDAD CORPORATIVA?*

La Biblia establece que el hombre es responsable individualmente por sus malos actos.

“Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado.” (*Deuteronomio 24:16*).

“El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.” (*Ezequiel 18:20*).

A pesar de esto, sabemos que los padres tienen la responsabilidad de educar y disciplinar a sus hijos en el temor de Dios: si finalmente ellos deciden obrar injustamente contrario a la educación que recibieron de sus padres, entonces estos últimos no son responsables de los actos de los hijos. Pero, ¿podría decirse lo mismo de los padres que fallan en educar correctamente a sus hijos? ¿Son responsables de sus malos actos? Además, ¿existe realmente responsabilidad corporativa cuando usted pertenece a una corporación, una iglesia o una nación? Recientemente repasaba un libro que dice:

“El concepto del pecado colectivo y su consiguiente culpa colectiva es extraño al trato de Dios con el hombre. Cuando Él creó a Adán y Eva, los dotó con libre albedrío (véase Gen. 2:17,18). Dios ha otorgado esta admirable facultad a cada miembro racional de la raza humana. El pecado, con la culpa resultante, surge del ejercicio del libre albedrío y descansa en la responsabilidad individual ante Dios. En materia de pecado, Dios no trata con grupos de personas ni con comisiones...El pecado es personal, no colectivo. En consecuencia, Dios no toma como responsables a los grupos, sino a los individuos.” (A.V. Wallenkampf, *Lo Que Todo Adventista Debería Saber Sobre 1888*, APIA, pp. 53, 54).

Es estos últimos días es muy común la costumbre de presentar verdades a medias. Como vemos en esta declaración, una de éstas verdades a medias es la creencia de que somos responsables únicamente por los actos que cometemos como individuos. Para poder tener una idea más completa sobre la responsabilidad corporativa, veamos qué respuestas ofrece la Palabra de Dios.

La Ciudad Condenada

El pecado de las cinco ciudades de la llanura de Sidim, a saber: Sodoma, Gomorra, Adma, Zeboim y Zoar, se había “agravado en extremo” (*Génesis 18:20*), y la Divinidad había proyectado su destrucción. Los dos ángeles partieron para Sodoma para ver si por lo menos habían diez justos (*Génesis 18:32*). Pero lamentablemente Sodoma sería destruida, y sólo la familia de Lot sería sacada de la ciudad para que no perecieran en su destrucción.

“Y dijeron los varones a Lot: ¿Tienes aquí alguno más? Yernos, y tus hijos y tus hijas, y todo lo que tienes en la ciudad, sácalo de este lugar; porque vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor de ellos ha subido de punto delante de Jehová; por tanto, Jehová nos ha enviado para destruirlo. Entonces salió Lot y habló a sus yernos, los que habían de tomar sus hijas, y les dijo: Levantaos, salid de este lugar; porque Jehová va a destruir esta ciudad. Mas pareció a sus yernos como que se burlaba. Y al rayar el alba, los ángeles daban prisa a Lot, diciendo: Levántate, toma a tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, **para que no perezcas en el castigo de la ciudad**. Y deteniéndose él, los varones asieron de su mano, y de la mano de su mujer, y de las manos de sus dos hijas, según la misericordia de Jehová para con él; y lo sacaron y lo _____

* En este estudio se empleó la Biblia versión Reina-Valera, Revisión de 1960.

pusieron fuera de la ciudad. Y cuando los hubieron llevado fuera, dijeron: Escapa por tu vida; no mires tras tí, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas.” (*Génesis 19:12-17*).

A pesar de que Lot fue un hombre justo (*2 Pedro 2:7-8*), no podía permanecer en

la ciudad que estaba a punto de ser destruida. ¿Qué le hubiera sucedido a él y a su familia si hubiesen decidido quedarse y le hubieran pedido a los ángeles que los protegieran? A pesar de su conducta, hubieran actuado presumidamente en contra de la orden Divina, y hubieran sido destruidos. El relato bíblico demuestra que la mujer de Lot se convirtió en una estatua de sal (*Génesis 19:26*).

¿Qué enseñanza tiene este relato para los que vivimos en estos últimos días? Así como Lot fue llamado a escapar de una ciudad condenada para que no fuera partícipe de sus pecados ni recibiera el castigo, el pueblo de Dios es llamado a salir de las grandes ciudades y vivir en el campo:

“Conforme con la luz que me fue dada, ruego a la gente a salir de las grandes ciudades. La perversidad de nuestras ciudades aumenta, y resulta más evidente que los que permanezcan innecesariamente en ellas, correrán el peligro de perder sus almas.” (E.G. White, *Manuscrito 115, 1907*).

“¡Lejos de las ciudades!” Tal es mi mensaje...Se acerca el tiempo cuando las grandes ciudades serán visitadas por los juicios de Dios. Antes de mucho, esas ciudades serán sacudidas con violencia.” (E.G. White, *Joyas de los Testimonios*, tomo 3, pp. 114-115).

De la misma manera, así como Lot fue llamado a escapar de una ciudad condenada para que no fuera partícipe de sus pecados, el pueblo de Dios es llamado a salir de las sentenciadas iglesias corrompidas en apostasía.

“Los siervos de Dios, dotados con el poder del cielo, con sus semblantes iluminados y refulgentes de santa consagración, salieron a proclamar el mensaje celestial. Muchas almas diseminadas entre las congregaciones religiosas respondieron al llamamiento y **salieron presurosos de las sentenciadas iglesias, como Lot salió presuroso de Sodoma antes de la destrucción de esa ciudad.**” (E.G. White, *Primeros Escritos*, pp. 278-279).

“Hubo una salida, una separación decidida de los impíos, una fuga para salvar la vida. Así fue en los días de Noé; así ocurrió en el caso de Lot; así en el de los discípulos antes de la destrucción de Jerusalén, y así será en los últimos días. De nuevo se oye la voz de Dios en un mensaje de advertencia, que manda a su pueblo a separarse de la impiedad creciente.

La depravación y la apostasía que existirán en los últimos días en el mundo religioso se le presentó al profeta Juan en la visión de Babilonia, “la grande ciudad que tiene reino sobre los reyes de la tierra.” (Apoc. 17:18). Antes de que sea destruida se ha de oír la llamada del cielo: “Salid de ella, pueblo mío, **para que no seáis participantes de sus pecados**, y que no recibáis de sus plagas.” (Apoc. 18:4). Como en los días de Noé y Lot, es necesario separarse decididamente del pecado y de los pecadores.” (E.G. White, *Patriarcas y Profetas*, p. 163).

¿Por qué el Padre Celestial llama a su pueblo a salir, tanto de las ciudades literales como de las ciudades espirituales, o sea, de las iglesias apóstatas? Para que no sean partícipes de sus pecados ni reciban sus plagas.

El Pecado No Consumado de un Rey

Las Sagradas Escrituras contienen otro ejemplo de responsabilidad corporativa. ¿Es posible que el pecado del dirigente de una nación afecte a todo su reino?

“De allí partió Abraham a la tierra de Neguev, y acampó entre Cades y Shur, y

habitó como forastero en Gerar. Y dijo Abraham de Sara su mujer: Es mi hermana. Y Abimelec rey de Gerar envió y tomó a Sara. Pero Dios vino a Abimelec en sueños de noche, y le dijo: He aquí, muerto eres, a causa de la mujer que has tomado, la cual es casada con marido. Mas Abimelec no se había llegado a ella, y dijo: Señor, ¿matarás también al inocente? ¿No me dijo él: Mi hermana es; y ella también dijo: Es mi hermano? Con sencillez de mi corazón y con limpieza de mis manos he hecho esto. Y le dijo Dios en sueños: Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto; y yo también te detuve de pecar contra mí, y así no permití que la tocases. Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido; porque es profeta, y orará por tí, y vivirás. Y si no la devolvieres, sabe que de cierto **morirás tu, y todos los tuyos**. Entonces Abimelec se levantó de mañana y llamó a todos sus siervos, y dijo todas estas palabras en los oídos de ellos; y temieron los hombres en gran manera. Después llamó Abimelec a Abraham, y le dijo: ¿Qué nos has hecho? ¿En qué me pequé yo contra tí, que **has atraído sobre mí y sobre mi reino tan grande pecado?** Lo que no debiste hacer has hecho conmigo.” (*Génesis 20:1-9*).

La Biblia declara que el rey Abimelec no consumó el adulterio con Sara. De haber adulterado con ella, toda su familia hubiera perecido. Aun así todas las mujeres de su casa quedaron estériles hasta que Abraham oró por ellas (*Génesis 20:17-18*).

La Rebelión y la Apostasía

La rebelión de Coré, Datán, Abiram y On, junto a 250 príncipes, trajo el desagrado de Dios con todo el pueblo de Israel.

“Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: Apartaos de entre esta congregación, y los consumiré en un momento. Y ellos se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Dios, Dios de los espíritus de toda carne, **¿no es un solo hombre el que pecó? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?** Entonces Jehová habló a Moisés diciendo: Habla a la congregación y diles: Apartaos de en derredor de la tienda de Coré, Datán y Abiram. Entonces Moisés se levantó y fue a Datán y a Abiram, y los ancianos de Israel fueron en pos de él. Y él habló a la congregación, diciendo: **Apartaos ahora de las tiendas de estos hombres impíos, y no toquéis ninguna cosa suya, para que no perezcáis en todos sus pecados.** Y se apartaron de las tiendas de Coré, de Datán y de Abiram en derredor; y Datán y Abiram salieron y se pusieron a las puertas de sus tiendas, con sus mujeres, sus hijos y sus pequeñuelos.” (*Números 16:20-27*).

Para evitar una mortandad general los inocentes fueron llamados a apartarse del lado de los rebeldes para no ser partícipes de sus pecados.

“Coré se había retirado de la asamblea, para unirse a Datán y a Abiram, cuando Moisés, acompañado por los setenta ancianos, bajó para dar la última advertencia a los hombres que se habían negado a comparecer ante él. Como multitudes los seguían, antes de pronunciar su mensaje, Moisés ordenó al pueblo por instrucción divina: “Apartaos ahora de las tiendas de estos impíos hombres, y no toquéis cosa suya, porque no perezcáis en todos sus pecados.” La advertencia fue obedecida, porque se apoderó de ellos la aprensión de que iba a caer un castigo. **Los rebeldes se vieron abandonados por aquellos a quienes habían engañado**, pero su osadía no disminuyó. Se quedaron de pie con todas sus familias a las puertas de sus tiendas, como desafiando la advertencia divina.” (E.G. White, *Patriarcas y Profetas*, p. 423).

¿Qué le sucedió a los rebeldes?

“Abrió la tierra su boca, y los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de

Coré, y a todos sus bienes...También salió fuego de delante de Jehová, y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían sacrificio.” (*Números 16:32,35*).

¿Fue considerada responsable toda la congregación?

“El pueblo huyó, sintiéndose condenado, como **copartícipe del pecado...La congregación entera compartía su culpa**, pues todos, cual más, cual menos, habían simpatizado con ellos.” (*Ibid.*, p. 424).

El Pecado de un Hombre

El ejemplo del rey Abimelec demostró que el pecado de un hombre afectaba a todo su reino. Veamos otro caso donde el pecado de un israelita afectó a todo el campamento de Israel. Cuando Dios entregó a Jericó en manos de Josué, ordenó al pueblo:

“Pero guardaos del anatema; ni toquéis, ni tomeis cosa alguna del anatema, no sea que hagáis anatema el campamento de Israel, y lo turbéis.” (*Josué 6:18*).

El registro bíblico demuestra que esta orden fue desobedecida.

“Pero los **hijos de Israel** cometieron una prevaricación en cuanto al anatema; porque Acán hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá, tomó del anatema; y la ira de Jehová se encendió **contra los hijos de Israel...**Y Jehová dijo a Josué: Levántate: ¿Por qué te postras así sobre tu rostro? **Israel ha pecado**, y aun **han** quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también **han** tomado del anatema, y hasta **han** hurtado, **han** mentido, y aun lo **han** guardado entre sus enseres. Por esto **los hijos de Israel** no podrán hacer frente a sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán la espada, por cuanto **han** venido a ser anatema; ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros.” (*Josué 7:1, 10-12*).

Estos pasajes indican claramente que el pueblo de Israel fue responsable como cuerpo por el pecado de un nombre. Note que en todas las ocasiones se emplearon expresiones en plural. Acán fue hallado culpable al robar un manto babilónico, un lingote de oro y unas monedas de plata, y fue apedreado junto a su familia.

“Entonces Josué, y todo Israel con él, tomaron a Acán hijo de Zera, el dinero, el manto, el lingote de oro, **sus hijos, sus hijas**, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto tenía, y lo llevaron todo al valle de Acor. Y le dijo Josué: ¿Por qué nos has turbado? Túrbete Jehová en este día. Y todos los israelitas los apedrearón, y los quemaron después de apedrearlos.” (*Josué 7:24-25*).

Si solamente Acán pecó, ¿por qué murieron sus hijos? ¿Eran inocentes, o cómplices de su pecado?

“¿Habéis considerado por qué todos los que estuvieron unidos con Acán también fueron objeto del castigo de Dios? Fue porque no habían sido preparados y educados de acuerdo con las instrucciones dadas a ellos en la gran norma de la ley de Dios. Los padres de Acán habían educado a su hijo de tal manera que se sentía libre de desobedecer la Palabra del Señor; los principios inculcados en su vida lo llevaron a tratar a sus hijos de tal manera que también se corrompieron. La mente actúa, y a su vez influye sobre otra mente; y el castigo que incluyó a los que estaban relacionados con Acán revela que **todos estaban implicados en la transgresión.**” (E.G. White, *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 2, p. 992).

El pecado de Acán afectó tanto a su familia como al pueblo de Israel en su totalidad. ¿Qué nos enseña esta lección a nosotros?

“La historia de Acán enseña la solemne lección de que **por el pecado de un hombre el desagrado de Dios descansará sobre un pueblo o una nación** hasta que se descubra y se castigue. El pecado es corrupto por naturaleza. **Un hombre**

infectado por su mortífera lepra puede comunicar la corrupción a miles. Los que ocupan puestos de responsabilidad como guardianes del pueblo serán desleales a su cometido si fielmente no descubren y reprueban el pecado. Muchos no se atreven a condenar la iniquidad para no sacrificar un puesto o la popularidad. Y algunos consideran que es falta de caridad reprochar el pecado. El siervo de Dios nunca debe permitir que su propio espíritu se mezcle con el reproche que se le exige que dé, pero está bajo la más solemne obligación de presentar la Palabra de Dios sin temor ni favoritismo. Debe llamar al pecado por su verdadero nombre. Los que por su descuido o indiferencia permiten que sea deshonrado el nombre de Dios por su pueblo profeso, **son contados con los transgresores, registrados en el libro de los cielos como participantes de los malos actos de ellos.**” (E.G. White, *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 2, p. 990).

Aquí se demuestra claramente que el profeso pueblo de Dios es responsable en su totalidad por el pecado de un hombre, y esto sostiene la verdad bíblica de que sí existe responsabilidad corporativa. Si los que ocupan puestos de responsabilidad fallan en su cometido de limpiar el campamento, no solamente son responsables de los actos de los pecadores, sino que hacen a toda la iglesia culpable.

“Limpiad el campamento de esta corrupción moral, aunque haya que sacar a los hombres más encumbrados, que ocupan las más altas posiciones. Con Dios no se juega. La fornicación está en nuestras filas; yo lo sé porque me fue mostrado que está fortaleciendo y extendiendo su contaminación. Hay muchas cosas que nunca sabremos; pero lo que ha sido revelado **responsabiliza y culpa a la iglesia** a menos que haga un decidido esfuerzo para erradicar el mal. Limpiad el campamento, porque hay anatema en él.” (E.G. White, *Testimonios para los Ministros*, pp. 427-428).

“Se me ha mostrado que Dios ilustra aquí cómo considera el pecado de los que profesan ser el pueblo que guarda sus mandamientos. Aquellos a quienes él ha honrado especialmente haciéndoles presenciar las notables manifestaciones de su poder, como al antiguo Israel, y que aun así se atreven a despreciar sus expresas indicaciones, serán objeto de su ira. Quiere enseñar a su pueblo que la desobediencia y el pecado le ofenden excesivamente, y que no se los debe considerar livianamente. Nos muestra que cuando su pueblo es hallado en pecado, debe inmediatamente tomar medidas decisivas para apartar el pecado de sí, a fin de que el desagrado de Dios no descanse sobre él.

Pero si los que ocupan puestos de responsabilidad pasan por alto los pecados del pueblo, su desagrado pesará sobre ellos, y **el pueblo de Dios será tenido en conjunto por responsable de esos pecados.** En su trato con su pueblo en lo pasado, el Señor reveló la necesidad de purificar la iglesia del mal. **Un pecador puede difundir tinieblas que privarán de la luz a toda la congregación.** Cuando el pueblo comprende que las tinieblas se asientan sobre él y no conoce las causas, debe buscar a Dios con humillación, hasta que se hayan descubierto y desechado los males que agravan su Espíritu.

El prejuicio que se ha levantado contra nosotros porque hemos reprendido los males cuya existencia Dios me reveló, y la acusación que se ha suscitado de que somos duros y severos, es injusta. Dios nos ordena hablar, y no queremos callar. Si hay males evidentes entre su pueblo, y si los hijos de Dios los pasan por alto con indiferencia, en realidad éstos sostienen al pecador, **son igualmente culpables** y causará como aquel el desagrado de Dios porque **serán hechos responsables de los pecados de los culpables.**” (E.G. White, *Joyas de los Testimonios*, tomo 1, pp. 334-335).

“El franco y directo testimonio deberá vivir en la iglesia, o la maldición de Dios

caerá sobre Su pueblo tan seguro como sucedió al Israel antiguo, a causa de sus pecados. **Dios hace a Su pueblo, como organismo, responsable de los pecados que existen en individuos que están entre ellos.** Si los líderes de la iglesia descuidan la búsqueda diligente de pecados que traerían el disgusto de Dios sobre el cuerpo, **serán hechos responsables por estos pecados.**” (E.G. White, *Testimonios*, tomo 3, p. 269).

“La instrucción de Cristo en cuanto al trato con los que yerran repite en forma más específica la enseñanza dada a Israel por Moisés: “No aborrecerás a tu prójimo en tu corazón; ingenuamente reprenderás a tu prójimo, y no consentirás sobre él pecado.” (Levítico 19:17). Es decir, que **si uno descuida el deber que Cristo ordenó en cuanto a restaurar a quienes están en el error y pecado, se hace partícipe del pecado. Somos tan responsables de los males que podríamos haber detenido como si los hubiésemos cometido nosotros mismos.**” (E.G. White, *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 409).

“**La iglesia como entidad es en punto responsable** por los errores de sus miembros individualmente, porque aprobaron la maldad al no levantar sus voces contra él.” (E.G. White, *Testimonios*, tomo 4, p. 491).

Considere detenidamente esto: un campamento contaminado por el pecado puede convertir a una iglesia en una hermana de la Babilonia caída.

“Como pueblo, debemos levantarnos y **limpiar el campamento** de Israel. La licencia, las intimidaciones ilícitas y las prácticas no santificadas se están introduciendo en nuestro medio en gran medida; ministros que manejan cosas sagradas son culpables de tales pecados: codician la mujer del prójimo y quebrantan el séptimo mandamiento. **Corremos el peligro de llegar a ser una hermana de la caída Babilonia**, y permitir que nuestras iglesias se corrompan, se llenen de todo espíritu inmundo y alberguen a toda ave inmunda y aborrecible. ¿Podremos ver claramente nuestra situación y no proceder en forma decidida a curar los males existentes?” (E.G. White, *Testimonios Acerca de Conducta Sexual, Adulterio y Divorcio*, p. 211).

La Maldad de los Sacerdotes

Veamos otro ejemplo donde la maldad de dos hombres afectó a todo el pueblo de Israel.

“Los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían conocimiento de Jehová. Y era costumbre de los sacerdotes con el pueblo, que cuando alguno ofrecía sacrificio, venía el criado del sacerdote mientras se cocía la carne, trayendo en su mano un garfio de tres dientes. Y lo metía en el perol, en la olla, en el caldero o en la marmita; y todo lo que sacaba el garfio, el sacerdote lo tomaba para sí. De esta manera hacían con todo israelita que venía a Silo. Asimismo, antes de quemar la grosura, venía el criado del sacerdote, y decía al que sacrificaba: Da carne que asar para el sacerdote; porque no tomará de ti carne cocida, sino cruda. Y si el hombre le respondía: Quemem la grosura primero, y después toma tanto como quieras; él respondía: No, sino dámela ahora mismo; de otra manera yo la tomaré por la fuerza. Era, pues, muy grande el pecado de los jóvenes; porque los hombres menospreciaban las ofrendas de Jehová.” (1 Samuel 2:12-17).

Elí fue responsable tanto por la mala conducta de sus hijos, como por la condición de todo el pueblo de Israel. Esta historia se repite hoy día.

“A Elí, como sumo sacerdote y juez de Israel, **Dios le consideraba responsable por la condición moral y religiosa de su pueblo, y en un sentido muy especial, por el carácter de sus hijos.** El debió haber procurado refrenar primero la impiedad por medidas benignas; pero si éstas no daban resultados positivos,

debiera haber dominado el mal por los medios más severos. Provocó el desagrado del Señor al no reprender el pecado ni ejecutar justicia sobre el pecador. No se podía confiar en él para que mantuviera puro a Israel. Aquellos que no tienen suficiente valor para reprender el mal, o que por indolencia o falta de interés no hacen esfuerzos fervientes para purificar la familia de Dios, **son considerados responsables del mal que resulte el descuido de su deber. Somos tan responsables de los males** que hubiéramos podido impedir en otros por el ejercicio de la autoridad paternal o pastoral, **como si hubiésemos cometido los tales hechos nosotros mismos.**" (E.G. White, *Patriarcas y Profetas*, p. 625).

El pecado de los hijos de Elí fue motivo para que los fieles de entre el pueblo no acudieran al lugar de culto, para no ser partícipes de sus abominaciones.

"Cuando los israelitas fueron testigos de la corrupta conducta de los sacerdotes, pensaron que era más seguro que sus familias **no acudieran al lugar designado para el culto.** Muchos salieron de Silo con su paz perturbada y su indignación despertada, hasta que **al fin resolvieron ofrecer ellos mismos sus sacrificios, llegando a la conclusión de que esto sería tan plenamente aceptable a Dios como sancionar de alguna manera las abominaciones practicadas en el santuario.**" (E.G. White, *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 2, p. 1004).

Además, así como el pecado de Acán trajo la derrota del pueblo en Hai, el pecado de los hijos de Elí culminó en su misma muerte, en la derrota de Israel ante los filisteos, en la captura del arca del pacto, y la muerte de 30,000 hombres de a pie.

"Pelearon, pues, los filisteos, e Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas; y fue hecha muy grande mortandad, pues cayeron de Israel treinta mil hombres de a pie." (1 Samuel 4:10).

Nuevamente, el pueblo de Israel había perdido el favor de Dios mientras en medio del campamento había pecado sin ser erradicado.

Comer en la Misma Mesa

El rey Jeroboam había cometido grandes pecados: construyó un altar para quemar incienso a un becerro de oro; construyó casas en los lugares altos; había nombrado sacerdotes de entre el pueblo que no eran del linaje de Leví; y cambió la fecha de una fiesta solemne. Dios envió un profeta para amonestarlo de su pecado, y éste tuvo evidencia de que Dios estaba con él: el altar se quebró, la mano de Jeroboam se secó, y luego fue sanada. Pero a este profeta se le había dado una orden estricta.

"Y el rey dijo al varón de Dios: Ven conmigo a casa, y comerás, y yo te daré un presente. Pero el varón de Dios dijo al rey: Aunque me dieras la mitad de tu casa, no iría contigo, ni comería pan ni bebería agua en este lugar. Porque así me está ordenado por palabra de Jehová, diciendo: No comas pan, ni bebas agua, ni regreses por el camino que fueres." (1 Reyes 13:7-9).

El profeta obedeció el mandato Divino, rechazando la invitación del rey. No podía compartir la mesa con un rey apóstata. Sin embargo, un viejo profeta lo invitó a comer, mintiéndole y alegando que había recibido un mensaje de parte de un ángel. El profeta desobedeció la orden divina:

"Entonces volvió con él, y comió pan en su casa, y bebió agua" (1 Reyes 13:19). Como resultado de su desobediencia, un león lo mató (vers. 24).

"El varón de Dios había sido intrépido en dar su mensaje de reproche. No había vacilado en condenar el falso sistema de culto del rey. Y había rechazado la invitación de Jeroboam, aunque se le prometió una recompensa; pero se tomó la

libertad de dejarse persuadir por uno que pretendió tener un mensaje del cielo.

Cuando el Señor da a un hombre una orden como la que dio a este mensajero, él mismo debe revocar la orden. El mal anunciado caerá sobre los que se apartan de la voz de Dios para escuchar contraórdenes. Como este mensajero obedeció órdenes falsas, Dios permitió que fuera destruido." (E.G. White, *Comentario Bíblico Adventista*, tomo 2, p. 1027).

De este relato aprendemos que hubo algo más que la desobediencia: el profeta no debía hacerse partícipe con los pecadores.

"Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. **No seáis partícipes, pues, con ellos.**" (Efesios 5:6-7).

La Biblia demuestra que el acto de compartir el pan y el agua con el prójimo era un privilegio y un deber, tanto para personas conocidas como para los extranjeros (*Génesis 14:18; 18:5; 19:3; 27:17; 31:54; Exodo 2:20; 18:12; Jueces 19:5-6; Ruth 2:14; 1 Samuel 10:3-4; 2 Samuel 9:7,10; 1 Reyes 17:11-13; 18:4,13; 2 Reyes 4:8; 6:22-23; Job 22:7; 42:11; Proverbios 22:9; 25:21; Isaías 21:14; 58:7; Jeremías 41:1; Ezequiel 18:16; Lucas 24:30; Hechos 2:42,46; 20:7,11; 27:35*). Sin embargo, la Biblia menciona ciertas prohibiciones: a los sacerdotes les estaba vedado comer pan sin levadura entre la gente (*2 Reyes 23:9*); se aconsejaba la prudencia al partir el pan con los avaros:

"No comas pan con el avaro, ni codicies sus manjares; porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él. Come y bebe, te dirá; mas su corazón no está contigo." (*Proverbios 23:6-7*).

Saúl cometió una abominación al comer pan en la mesa de la pitonisa de Endor (*1 Samuel 28:20-25*). Pero es sumamente interesante que también los ángeles y siervos de Dios se negaron a comer pan: el ángel de Jehová negó el ofrecimiento de Manoa (*Jueces 13:16*); y Moisés y Esdras no comieron pan debido al pecado del pueblo:

"Y me postré delante de Jehová como antes, cuarenta días y cuarenta noches; no comí pan ni bebí agua, **a causa de todo vuestro pecado** que habíais cometido haciendo el mal ante los ojos de Jehová para enojarlo." (*Deuteronomio 9:18*).

"Se levantó luego Esdras de delante de la casa de Dios, y se fue a la cámara de Johanán hijo de Eliasib; e ido allá, no comió pan ni bebió agua, **porque se entristeció a causa del pecado** de los del cautiverio." (*Esdras 10:6*).

¿Habría sido esta la razón por la cual a este profeta le fue ordenado no comer ni beber en el reino corrompido de Jeroboam para no ser partícipe de su pecado? El apóstol Pablo aconseja a no ser partícipes de la copa del Señor y de la copa de los demonios.

"Por tanto, amados míos, huid de la idolatría. Como a santos os hablo; juzgad vosotros lo que digo. La copa de bendición que bendicimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos del mismo pan. Mirad a Israel según la carne; los que comen de los sacrificios, ¿no son partícipes del altar? ¿Qué digo, pues? ¿Que el ídolo es algo, o que sea algo lo que se sacrifica a los ídolos? Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; **y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios.** No podéis beber de la copa del Señor, y de la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios." (*1 Corintios 10:14-21*).

El comer pan en la mesa tiene una lección aun mayor. ¿Qué significado tiene el pan?

“Pensando todavía que Jesús se refería al alimento temporal, algunos de sus oyentes exclamaron: “Señor, danos siempre este pan.” Jesús habló entonces claramente: “Yo soy el pan de vida.”

“La figura que Cristo empleó era familiar para los judíos. Moisés, por inspiración del Espíritu Santo, había dicho: “El hombre no vivirá de solo pan, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová.” Y el profeta Jeremías había escrito: “Halláronse tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón.” Los rabinos mismos solían decir que el comer pan, en su significado espiritual, era estudiar la ley y practicar las buenas obras; se decía a menudo que cuando viniese el Mesías, todo Israel sería alimentado.” (E.G. White, *El Deseado de Todas las Gentes*, pp. 349- 350).

Compartir el pan en la misma mesa también simboliza compartir el alimento espiritual: la Palabra de Dios. La lección de este profeta nos enseña que el pueblo de Dios no debe participar en la misma mesa con el error, la apostasía y el pecado. En estos días comparten el mismo púlpito los que profesan tener la verdad presente con los que sostienen el error y la herejía, y con los apoyan ecuménicamente la gran apostasía. ¿Aprenderemos hoy la lección de no comer del mismo pan y tomar la misma agua con aquellos que no llevan el mismo mensaje que nosotros? Dice la Escritura:

“No ararás con buey y con asno juntamente.” (*Deuteronomio 22:9*).

“¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (*Amós 3:3*).

Y el consejo inspirado indica:

“Tenemos un mensaje decisivo que dar, y se me ha instruido para que diga a nuestro pueblo: “Uníos, uníos”. Pero **no debemos unirnos con los que se apartan de la fe, prestando oído a espíritus seductores y a doctrinas de demonios.**” (E.G. White, *Mensajes Selectos*, tomo 3, p. 471).

Hijos de una Ramera

Las iglesias de nuestro tiempo continúan prostituyéndose con los reyes de la tierra, manteniendo relaciones diplomáticas con los gobiernos, cooperando con agencias que promueven el nuevo orden mundial, recibiendo fondos federales para sus hospitales y sistemas educativos directamente de “la segunda bestia” de Apocalipsis 13, y uniéndose con el poder civil para lograr sus fines. En la Biblia a esto se le llama prostitución espiritual. Si la iglesia que supuestamente está casada con el Señor se separa de él para unirse con otros maridos, entonces se convierte en una ramera. Cuando se predica este mensaje el pueblo siempre ha reaccionado en contra del mensajero. Pero ¿contra quién deberían contender?

“Contended con vuestra madre, contended; porque ella no es mi mujer, ni yo su marido; aparte, pues, sus fornicaciones de su rostro, y sus adulterios de entre sus pechos; no sea que yo la despoje y desnude, la ponga como el día en que nació, la haga como un desierto, la deje como tierra seca, y la mate de sed. Ni tendré más misericordia de **sus hijos**, porque **son hijos de prostitución.**” (*Oseas 2:2-4*).

“No te alegres, oh Israel, hasta saltar de gozo como los pueblos, pues has fornicado apartándote de tu Dios; amaste salario de ramera en todas las eras de trigo.” (*Oseas 9:1*).

Los hijos de Israel eran culpables por los actos de su iglesia infiel: si ella era una ramera, entonces sus miembros eran hijos prostitución. Esto no es otra cosa que responsabilidad corporativa. El profeta Isaías se preguntó cómo ocurrió esto:

“¿Cómo te has convertido en ramera, oh ciudad fiel? Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad; pero ahora, los homicidios.” (*Isaías 1:210*).

El profeta Ezequiel narró cómo la iglesia judía se prostituyó espiritualmente.

“En toda cabeza de camino edificaste lugar alto, e hiciste abominable tu hermosura, y te ofreciste a cuantos pasaban, y multiplicaste tus fornicaciones. Y fornicaste con los hijos de Egipto, tus vecinos, gruesos de carnes; y aumentaste tus fornicaciones para enojarme. Por tanto, he aquí que yo extendí contra tí mi mano, y disminuí tu provisión ordinaria, y te entregué a la voluntad de las hijas de los filisteos, que te aborrecen, las cuales se avergüenzan de tu camino deshonesto. Fornicaste también con los asirios, por no haberte saciado; fornicaste con ellos y tampoco te saciaste. Multipicaste asimismo tu fornicación en la tierra de Canaán y de los caldeos, y tampoco con esto te saciaste. ¡Cuán inconstante es tu corazón, dice Jehová el Señor, habiendo hecho todas estas obras de una ramera desvergonzada, edificando tus lugares altos en toda cabeza de camino, y haciendo tus altares en todas las plazas! Y no fuiste semejante a ramera, en que menospreciaste la paga.” (*Ezequiel 16:25-31*).

La misma historia le aconteció a la Iglesia Romana.

“Por su alejamiento del Señor y su alianza con los paganos la iglesia judía se transformó en ramera; Roma se corrompió de igual manera al buscar el apoyo de los poderes mundanos, y por consiguiente recibe la misma condenación.” (E.G. White, *El Conflicto de los Siglos*, p. 433).

Las iglesias protestantes cometieron el mismo error, y fueron consideradas como ramerías de la Babilonia caída en 1844 (véase E.G. White, *La Historia de la Redención*, pp. 382-384). Y a la Iglesia ASD el mismo Jesucristo le aplicó el pasaje que se encuentra en *Isaías 1:21*:

“¿Qué, pues, la ciudad fiel ha venido a ser una ramera?” ¡La casa de mi Padre es hecha un lugar de comercio, de donde se han retirado la gloria y presencia divinas! Por esta causa hay debilidad y falta la fuerza.” (E.G. White, *Joyas de los Testimonios*, tomo 3, p. 254).

El apóstol Pablo nos aconseja a no ser miembros de una iglesia ramera.

“¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: “Los dos serán una sola carne.” (*1Corintios 6:15-16*).

Sangre Inocente

¿Cuán responsable es una ciudad si alguno de sus habitantes dan muerte a un hijo de Dios inocente?

“Entonces hablaron los sacerdotes y los profetas a los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: En pena de muerte ha incurrido este hombre; porque profetizó contra esta ciudad, como vosotros habéis oído con vuestros oídos. Y habló Jeremías a todos los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: Jehová me envió a profetizar contra esta casa y contra esta ciudad, todas las palabras que habéis oído. Mejorad ahora vuestros caminos y vuestras obras, y oíd la voz de Jehová vuestro Dios, y se arrepentirá Jehová del mal que ha hablado contra vosotros. En lo que a mí toca, he aquí estoy en vuestras manos; haced de mí como mejor y más recto os parezca. Mas sabed de cierto que si me matáis, **sangre inocente echaréis sobre vosotros, y sobre esta ciudad y sobre sus moradores**; porque en verdad Jehová me envió a vosotros para que dijese estas palabras en vuestros oídos.” (*Jeremías 26:11-15*)

Aquí el profeta Jeremías responsabilizó a toda la ciudad y sus moradores si le hubiesen dado muerte. Cristo también responsabilizó a los escribas y fariseos de la sangre inocente derramada desde Abel si ellos lo rechazaban a él como el Salvador.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno? Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad; **para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra**, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Berequías, a quien **matasteis** entre el templo y el altar.” (*Mateo 23:29-35*).

“De generación en generación, se fue acumulando un terrible castigo para los que rechazaban la luz y la verdad. Los enemigos de Cristo estaban ahora atrayendo ese castigo sobre sus cabezas. El pecado de los sacerdotes y gobernantes era mayor que el de cualquier generación precedente. **Al rechazar al Salvador se estaban haciendo responsables de la sangre de todos los justos muertos desde Abel hasta Cristo**. Estaban por hacer rebosar la copa de su iniquidad. Y pronto sería derramada sobre sus cabezas en justicia retributiva.” (E.G. White, *El Deseado de Todas las Gentes*, p. 571).

Cuando Cristo fue sentenciado ante Poncio Pilato el pueblo echó la sangre inocente del Salvador sobre sí mismos.

“Viendo Pilato que nada adelantaba, sino que se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá vosotros. Y respondiendo todo el pueblo, dijo: **Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos**.” (*Mateo 27:24-25*).

Esta misma complicidad por la muerte del Mesías fue repetida por los discípulos.

“Entonces fue el jefe de los alguaciles, y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo. Cuando los trajeron, los presentaron en el concilio, y el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñáseis en ese nombre? Y ahora habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y **queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre**.” (*Hechos 5:26-28*).

“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien **ahora vosotros habéis sido entregadores y matadores**.” (*Hechos 7:51-52*).

Cuando los judíos se hicieron responsables por la sangre de Jesús este clamor llegó al cielo.

“Mirando al herido Cordero de Dios, los judíos habían clamado: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.” Este espantoso clamor ascendió hasta el trono de Dios. Esa sentencia, que pronunciaron sobre sí mismos, fue escrita en el cielo. Esa oración fue oída. **La sangre del Hijo de Dios fue como una maldición perpetua sobre sus hijos y los hijos de sus hijos**.

“Esto se cumplió en forma espantosa en la destrucción de Jerusalén y durante dieciocho siglos en la condición de la nación judía que fue como un sarmiento cortado de la vid, una rama muerta y estéril, destinada a ser cortada y quemada. ¡De país a país a través del mundo, de siglo a siglo, muertos, muertos en delitos y pecados.” (*El Deseado de Todas las Gentes*, p. 688).

A los hijos de los culpables se les dio un plazo para que recibiesen la luz de un Salvador: de rechazarla, serían cómplices al igual que sus padres.

“Había todavía muchos judíos que ignoraban lo que había sido el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían tenido las oportunidades ni visto la luz que sus padres habían rechazado. Por medio de la predicación de los apóstoles y de sus compañeros, Dios iba a hacer brillar la luz sobre ellos para que pudiesen ver cómo se habían cumplido las profecías, no únicamente las que se referían al nacimiento y vida del Salvador sino también las que anunciaban su muerte y gloriosa resurrección. Los hijos no fueron condenados por el pecado de sus padres; pero cuando, conociendo ya plenamente la luz que fuera dada a sus padres, rechazaron la luz adicional que a ellos mismos les fuera concedida, entonces **se hicieron cómplices de las culpas de los padres** y colmaron la medida de su iniquidad.” (E.G. White, *El Conflicto de los Siglos*, p. 31).

El Pecado de Una Nación

Al rechazar al Mesías la nación judía pecó por causa de sus dirigentes.

“Pilato tomó entonces su sitio del tribunal, y volvió a presentar a Jesús al pueblo diciendo: “He aquí vuestro Rey.” Volvió a oírse el furioso clamor: “Quita, quita, crucifícale.” Con voz que fue oída lejos y cerca, Pilato preguntó: “¿A vuestro Rey he de crucificar?” Pero labios profanos y blasfemos pronunciaron las palabras: “No tenemos más rey sino a César.”

“Al escoger así a un gobernante pagano, la nación judía se retiraba de la teocracia. Rechazaba a Dios como su Rey. De ahí en adelante no tendría libertador. No tendría otro rey sino César. A esto habían conducido al pueblo **los sacerdotes y maestros. Eran responsables de esto y de los terribles resultados que siguieron. El pecado de una nación y su ruina se debieron a sus dirigentes religiosos**.” (E.G. White, *El Deseado de Todas las Gentes*, pp. 686-687).

Sacudiendo el Polvo de los Pies

Cristo ordenó a sus discípulos:

“Mas en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos **quién** en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis. Y al entrar en la casa, saludadla. Y si la casa fuera digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas sino fuere digna, vuestra paz vendrá a vosotros. Y **si alguno** no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, **salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies**. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad.” (*Mateo 10:11-15*).

Pablo y Bernabé vivieron esta experiencia:

“Pero los judíos instigaron a mujeres piadosas y distinguidas, y a los principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de sus límites. Ellos entonces, sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, llegaron a Iconio.” (*Hechos 13:50-51*).

¿Por qué si algunas personas no reciben a un mensajero la condenación recae sobre toda la ciudad? ¿No es esto otro ejemplo más de responsabilidad corporativa?

El Último Llamado de Misericordia

La última advertencia dirigida a los moradores de la tierra se encuentra en el libro de Apocalipsis:

“Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, **para que no seáis partícipes de sus pecados**, ni recibáis parte de sus plagas.” (*Apocalipsis 18:4*).

“Pero Dios tiene aún un pueblo en Babilonia; y antes que los juicios del cielo la visiten, estos fieles deben ser llamados para que salgan de la ciudad y que **no tengan parte en sus pecados** ni en sus plagas. De ahí que este movimiento esté simbolizado por el ángel que baja del cielo, alumbrando la tierra y denunciando con voz potente los pecados de Babilonia. Al mismo tiempo que este mensaje se oye el llamamiento: “Salid de ella, pueblo mío.” Estas declaraciones, unidas al mensaje del tercer ángel, constituyen la amonestación final que debe ser dada a los habitantes de la tierra.” (E.G. White, *El Conflicto de los Siglos*, p. 662).

La palabra griega empleada para “partícipes” es **sugkoinonos**, que significa: “compartir en compañía con; coparticipar en; comunicar (tener compañía) con; ser partícipe de (*Strong's Exhaustive Concordance of the Bible* # 4790). Es decir que el pueblo de Dios está llamado a no “compartir”, ni estar “en compañía” de Babilonia, para no “coparticipar” o ser “partícipe” de sus pecados. Esto implica que aún en este tiempo la verdad sobre la responsabilidad corporativa está vigente.

¿A quién aplica este llamado? A todas las iglesias que han bebido del vino de la gran Babilonia: católicas y protestantes, incluyendo la Iglesia ASD. En todas ellas se encuentran los pecados de Babilonia; pero particularmente las iglesias protestantes han caído en las trampas mortales de Roma: la exaltación del domingo, la inmortalidad del alma, el rapto, las reinterpretaciones proféticas, el futurismo, el ecumenismo, el movimiento de celebración pentecostal, la programación neurolingüística (a través de los Laboratorios I, II, y III), el nuevo orden mundial y la nueva teología agustiniana.

¿Está usted afiliado a una de las iglesias católicas y protestantes que actualmente componen el edificio de la gran Babilonia? ¿Se encuentra su nombre registrado en sus listas? ¿Mantiene vínculos de compañerismo con sus miembros? ¿Provee apoyo monetario a sus instituciones? De ser así, usted está siendo partícipe de los pecados abiertos o secretos de su iglesia. Tal vez usted piense que no es responsable por lo que haga el liderazgo o los miembros de su iglesia. Sin embargo, la Palabra de Dios sostiene desde el Génesis hasta el Apocalipsis la existencia de la responsabilidad corporativa: definitivamente usted se hace partícipe. Pero Dios le ama, y el último llamado de misericordia para usted es que corte sus vínculos con toda iglesia corrompida en apostasía.

“Apartaos, apartaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda; salid de en medio de ella; purificaos los que lleváis los utensilios de Jehová.” (*Isaías 52:11*).

Copyright ©
Terminado e Impreso en Noviembre de 1998.

Para Copias Adicionales, Escriba a:

Roberto Díaz
Box 363
Arroyo, Puerto Rico, 00714